sachem de cien años arrostraba las llamas de la hoguera, escitaba á sus enemigos á redoblar la crueldad, y los desafiaba á que le arrancasen un suspiro. Esta magnanimidad de la vejez, no tenia mas objeto que dar un egemplo á los jóvenes guerreros, y enseñarles á hacerse dignos de sus padres.

Todo en aquel pueblo tenia el sello de esta grandeza: su lengua, casi toda aspirada, admiraba al oido, y cuando hablaba un iroqués parecia oirse á un hombre que, espresándose con esfuerzo, pasaba sucesivamente de las entonaciones mas graves á las mas agudas.

Tal era el iroqués antes que se hubiesen estendido sobre él la sombra y la destruccion de la civilizacion europea.

Aunque he dicho que el derecho civil y el criminal eran casi desconocidos de los indios, el uso suplia en algunos puntos por la ley.

El asesinato, que entre los francos se redimia por una composicion pecuniaria proporcionada al estado de las personas, no se compensa entre los salvages sino con la muerte del asesino. En la Italia de la edad media, las familias respectivas tomaban la defensa de todo lo que concernia á sus miembros; y de aquí aquellas venganzas hereditarias cuando las familias enemigas eran poderosas.

En las poblaciones del Norte de la América, la familia del homicida no sale á su defensa; pero los parientes del muerto miran como un deber el vengarlo. El criminal á quien la ley no amenaza, ni la naturaleza defiende, no encontrando asilo ni en los bosques donde los aliados del muerto lo persiguen, ni en las tribus estrangeras, que le entregarian, ni en su hogar doméstico, que no le salvaria, viene á encontrarse en un estado tan miserable, que un tribunal vengador seria para él un bien; porque allí al menos habria

una forma, un modo de condenar ó absolver: pues la ley si hiere, tambien conserva, como el tiempo que siembra y riega. El asesino indiano, cansado de una vida errante, y no encontrando familia pública que le castigue, se pone en manos de una familia particular que le inmola: en defecto de la fuerza armada, el crímen conduce al criminal á los pies del juez y del verdugo.

El homicidio involuntario se espiaba algunas veces con presentes. Entre los abenaqueses la ley pronunciaba: esponian el cadáver del hombre asesinado sobre una especie de cañizo colgado en el aire, y el asesino, atado á un poste, estaba condenado á tomar el alimento y pasar muchos dias en aquel patíbulo.

ESTADO ACTUAL

DE LOS SALVAGES DE LA AMERICA SEPTENTRIONAL.

Si yo presentase al lector este cuadro de la América salvage, como la imágen fiel de lo que en el dia existe, le engañaria: lo que yo he pintado mas es lo que existió que lo que existe, porque aunque es cierto que todavía se encuentran en las tribus del Nuevo Mundo muchos rasgos del carácter indiano, el conjunto de las costumbres, la originalidad de los usos, la forma primitiva de los gobiernos; en una palabra, el genio americano ha desaparecido. Referido, pues, lo pasa-

do, debo completar mi trabajo trazando el cuadro de lo presente.

Aun cuando de las relaciones de los primeros navegantes y colonos que descubrieron y desmontaron la Luisiana, separásemos la Florida, la Georgia, las dos Carolinas, la Virginia, el Maryland, el Delaware, la Pensilvania, la Nueva-Jersey, la Nueva-Yorck, y todo lo que se llamó la Nueva-Inglaterra, la Acadia y el Canadá; no podria estimarse en menos de tres millones de individuos la poblacion salvage, comprendida entre el San Lorenzo y el Mississipí en el momento en que se descubrieron aquellos paises.

En el dia la poblacion indiana de toda la América septentrional, no contando los mejicanos ni los esquimales, apenas llega á cuatrocientas mil almas. El censo de los pueblos indígenas de aquella parte del Nuevo-Mundo, no se ha hecho todavía, y yo me propongo hacerlo. Muchos hombres y muchas tribus faltarán á este llamamiento; pero yo, como último historiador de aquellos pueblos, voy á abrir su registro mortuorio.

En 1534, cuando llegó Juan Cartier al Canadá, y en la época de la fundacion de Quebec por Champlain, en 1608, los algonquines, los iroqueses, los hurones, con sus tribus aliadas ó sujetas, á saber: los etchemines, los suriqueses, los bersiamitas, los papinacletos, los montañeses, los atikamegos, los nipisinges, los temiscamines, los amikueses, los cristineses, los asiniboiles, los puteotamises, los nokaises, los otchagras y los miamises, ponian en corta diferencia sobre las armas cincuenta mil guerreros, lo cual supone en aquellos salvages una poblacion de doscientas cincuenta mil almas. Si damos crédito á Laboutan, cada una de las cinco grandes poblaciones iroquesas encerraba catorce mil habitantes. En el dia solo se encuentran en el bajo Canadá seis aldeas de salvages convertidos: los hurones de Coreta, los abenaquises de San Francisco, los algonquines, los nipisingos, los iroqueses del lago de los Dos-Montes y los osuekatchies, débiles reliquias de muchas razas que ya no existen: y que recogidas por la religion, ofrecen la doble prueba del poder de esta para conservar y el de los hombres para destruir.

El resto de las cinco naciones iroquesas está enclavado en las posesiones inglesas y americanas, y el número de todos los salvages que acabo de nombrar, llega á lo mas á dos mil quinientas ó tres mil almas.

Los abenaquises, que en 1587 ocupaban la Acadia (hoy Nuevo-Brunswick y Nueva-Escocia), los salvages del Maine, que destruyeron todos los establecimientos de los blancos en 1675, y que continuaron sus devastaciones hasta 1748, las mismas hordas que hicieron sufrir la propia suerte al Nuevo-Hampshire, los wampanoagos, los nipmucks, que dieron una especie de batalla ordenada á los ingleses, sitiaron á Hadley, y asaltaron á Brookfield, en el Masachusets; los indios que en los mismos años 1673 y 1675 combatieron á los europeos; los pequots de Conecticut; los indios que negociaron la cesion de una parte de sus tierras con los estados de Nueva-Yorck, Nueva-Jersey, la Pensilvania, el Delaware; los pyscatawayses del Maryland; las tribus que obedecian á Powhatan, en la Virginia; los paroutises, en las Carolinas, todos estos pueblos han desaparecido (1).

De las numerosas naciones que Fernando de Soto encontró en las Floridas (y bajo este nombre debe comprenderse todo lo que forma hoy los estados de

(1) La mayor parte de estos pueblos pertenecian á la gran nacion de los lenilénapes, cuyas dos ramas principales eran los iroqueses y los hurones al Norte, y los indios delawares al Mediodía.

la Georgia, Alabamá, Mississipí y Teneseo), no quedan ya sino los creeks, los cheroqueses y los chicaseses (1).

Los creeks, cuyas antiguas costumbres he pintado, no podrian en el dia poner sobre las armas dos mil guerreros. De los vastos paises que les pertenecian, ya no poseen mas que unas ocho mil millas cuadradas en la Georgia, y otro tanto en Alabamá. Los cheroqueses y los chicaseses, reducidos á un puñado de hombres, viven en un rincon de los estados de Georgia y de Teneseo; los últimos en las dos orillas del rio Hiwaseo.

Pero los creeks, á pesar de ser tan débiles, pelearon como valientes con los americanos en los años 1813 y 1814. Los generales Jackson, White, Clayborne, Floyd, les causaron grandes pérdidas en Talladéga, Hillabes, Autosées, Bécanachaca, y sobre todo en Entonopeka. Aquellos salvages habian hecho progresos notables en la civilizacion, principalmente en el arte de la guerra, empleando y manejando muy bien la artillería. Hace algunos años juzgaron y ajusticiaron á uno de sus micos ó reyes, por haber vendido unas tierras á los blancos sin el conocimiento y anuencia del consejo nacional.

Los americanos que codician el rico territorio que habitan aun los muscogulgos y los siminoles, han querido obligarlos á cedérselo por una suma, proponiéndoles trasportarlos luego al Occidente del Missouri.

(1) Por lo relativo á la Florida puede consultarse con fruto una obra titulada: *Vista de la Florida Occidental, que comprende su geografía, topografía, etc., seguida de un apéndice sobre sus antigüedades, los títulos de concesion de las tierras y canales, y acompañada de un mapa de la costa y los planos de Panzacola y de la entrada del puerto.* Filadelfia, 1817.

El estado de Georgia pretendió haber comprado aquel territorio: el congreso americano puso algun obstáculo á esta pretension; pero tarde ó temprano los creeks, los cheroqueses y los chicaseses, estrechados por la poblacion blanca del Mississipí, del Teneseo, de la Alabamá y de la Georgia, se verán precisados á obtar entre el destierro y el esterminio.

Subiendo el Mississipí desde su embocadura hasta su confluencia con el Ohío, todos los salvages que habitaban aquellas dos riberas, los bilasís, los torimaes, las kapaes, los sutuis, los bayagoulas, los colapísas, los tansas, los natchez y los yazus han desaparecido.

En el valle del Ohío, las naciones que todavía andaban errantes á lo largo de aquel río y de sus afluentes, se sublevaron en 1810 contra los americanos. Pusieron á su cabeza un agorero ó profeta que anunciaba la victoria mientras peleaba su hermano, el famoso Thecumeseh. Tres mil salvages se habian reunido para recobrar su independencia: el general americano Harrison se dirigió contra ellos con un cuerpo de tropas, y los encontró el 6 de noviembre de 1811 en la confluencia del Tipacanoé y el Wabash. Los indios mostraron el mayor denuedo, y su caudillo Thecumeseh desplegó una habilidad estraordinaria; pero sin embargo fué vencido.

La guerra de 1812 entre los americanos y los ingleses, renovó las hostilidades en las fronteras del desierto; los salvages abrazaron casi todos el partido de los ingleses; Thecumeseh se habia pasado á su servicio, y el coronel Proctor, inglés, dirigia las operaciones. Algunas escenas de barbárie se verificaron en Cikago y en los fuertes Meigs y Milden: el corazon del capitan Wells fué devorado en un banquete de carne humana. Pero acudió de nuevo el general Harrison, y derrotó á los salvages en la accion de Tha-

mes, en que murió Thecumeseh: el coronel Proctor debió la vida á la velocidad de su caballo.

En 1814, asentada la paz entre los Estados-Unidos y la Inglaterra quedaron definitivamente establecidos los límites de los dos imperios; y los americanos aseguraron con una cadena de puestos militares su dominio sobre los salvages.

Desde la embocadura del Ohio hasta el salto de San Antonio en el Mississipí, se encuentran sobre la costa occidental de este último rio los sankis, cuya poblacion asciende á cuatro mil ochocientas almas; los renardos á mil seiscientas; los winebegos á mil seiscientas, y los menomenos á mil doscientas. Todas estas tribus son subdivisiones de los ilineses.

Siguen luego los sius, de raza mejicana, divididos en seis naciones: la primera habita en parte el alto Mississipí; la segunda, tercera, cuarta y quinta ocupan las costas del rio de San Pedro, y la sesta se estiende hácia el Missouri. La poblacion de estas seis naciones siusas, se calcula en cuarenta y cinco mil almas.

Despues de los sius, aproximándose al Nuevo-Méjico, se encuentran algunos restos de los osages, causas, octotatas, mactotatas, ajueses y panises.

Los asiboanes andan errantes bajo diversos nombres, desde las fuentes septentrionales del Missouri hasta el gran rio Rojo, que desagua en la bahía de Hudson; y su poblacion es de veinte y cinco mil almas.

Los cypowoises, de raza algonquina, enemigos de los sius, cazan en número de tres ó cuatro mil guerreros en los desiertos que separan los grandes lagos del Canadá del lago Winepic.

Esto es lo que se sabe de mas positivo sobre la poblacion de los salvages de la América septentrio-

nal. Si se unen á estas tribus conocidas las menos frecuentadas que habitan mas allá de los montes Roqueños, con dificultad se encontrarán los cuatrocientos mil individuos mencionados al principio de este empadronamiento. Algunos viageros reducen á cien mil almas la poblacion indiana de la parte de acá de los montes Roqueños, y á cincuenta mil la de la parte de allá, inclusos los salvages de la California.

Las poblaciones salvages, acosadas por las europeas hácia el Noroeste de la América septentrional, vienen por un singular destino á espirar en la misma costa donde desembarcaron en siglos desconocidos para tomar posesion de la América. En la lengua iroquesa los indios se dan el nombre de *hombres de siempre*, ONGUE-ONNE. Pero estos *hombres de siempre* han pasado, y el estrangero no dejará muy pronto á los herederos legítimos de todo un mundo, mas que la tierra de su sepulcro.

Las causas de esta despoblacion son conocidas: el uso de los licores fuertes, los vicios, las enfermedades, las guerras que nosotros hemos multiplicado entre los indios, han precipitado la destruccion de aquellos pueblos; pero es de todo punto falso que el estado social, introduciéndose en las selvas, haya sido una causa eficiente de aquella destruccion.

No era *salvage* el indio: la civilizacion europea no obró sobre el *estado puro de la naturaleza*, sino sobre *la civilizacion americana comenzada*: si no hubiese encontrado nada, hubiera creado algo; pero encontró costumbres, y las destruyó; porque como era mas fuerte, creyó que no debia adoptarlas.

Preguntar qué hubiera sido de los americanos si la América hubiese escapado á las velas de nuestros navegantes, seria una cuestion inútil, aunque curiosa. ¿Hubieran perecido en silencio, como esas na-

ciones mas adelantadas en las artes, que segun todas las probabilidades florecieron en otros tiempos en las regiones que riega el Ohío, el Muskingum, el Teneseo, el Mississipí inferior y el Tumbechee?

Prescindiendo por un momento de los grandes principios del cristianismo, y no tomando en cuenta los intereses de la Europa, un espíritu filosófico podria desear que los pueblos del Nuevo-Mundo hubiesen tenido tiempo para desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones.

Nosotros nos vemos en todas partes reducidos á las rancias formas de una civilizacion envejecida (no hablo de las poblaciones del Asia, reprimidas hace cuatro mil años por un despotismo, que constituye un estado de infancia). Entre los salvages del Canadá, de la Nueva-Inglaterra y de las Floridas, se han encontrado rudimentos de todas las costumbres y de todas las leyes de los griegos, de los romanos y de los hebreos. Una civilizacion de naturaleza diferente de la nuestra hubiera podido reproducir los hombres de la antigüedad, ó hacer brotar luces desconocidas de una fuente todavía ignorada. ¿Quién sabe si un dia hubiéramos visto arribar á nuestras costas algun Colon americano que viniese á descubrir el Antiguo-Mundo?

La degradacion de las costumbres indianas ha marchado á la par con la despoblacion de las tribus. Las tradicciones religiosas se han embrollado mas; la instruccion esparcida al principio por los misioneros del Canadá, mezcló ideas estrañas con las ideas nativas de los indígenas; y de ahí es que al través de fábulas groseras, se perciben hoy las creencias cristianas desfiguradas. La mayor parte de los salvages se adornan con cruces, y los mercaderes protestantes les venden ahora lo que los misioneros católicos les daban. Digamos en honor de nuestra patria y gloria de nuestra religion, que los indios se habian unido estrechamente á los franceses; que todavía los lloran, y que una *túnica negra* (un misionero) es todavía un objeto de veneracion en las selvas americanas. Si los ingleses en sus guerras con los Estados-Unidos han visto á los salvages alistarse bajo la bandera británica, es porque los ingleses de Quebec tienen aun entre ellos algunos descendientes de los franceses, y ocupan el pais que gobernó Ononthio (1). El salvage continúa amándonos en el suelo que hemos pisado, en la tierra de que fuimos los primeros huéspedes, y donde dejamos los sepulcros: sirviendo á los nuevos poseedores del Canadá, permanece fiel á la Francia en medio de sus enemigos.

Hé aquí lo que se lee en un *Viage* reciente á las fuentes del Mississipí. La autoridad de este pasage es tanto mas respetable, cuanto que en otro lugar de su obra se detiene el autor de propósito para declamar contra los jesuitas de nuestros dias.

«En honor de la verdad debe decirse que los misioneros franceses se han distinguido en todas partes, «por una vida egemplar y conforme á su estado. Su «buena fé religiosa, su caridad apostólica, su amabi«lidad, su heróica paciencia, su alejamiento del fana«tismo y del rigor, colocan en aquellas regiones al«gunas épocas edificantes en los fastos del cristianis«mo; y al paso que la memoria de los Vilde y los Va«dilla, será un objeto de execracion para todos los «corazones verdaderamente cristianos, la de los Da«niel, Brébeuf, etc., no perderán jamás la veneracion «que la historia de los descubrimientos y de las mi«siones con tan justo título les consagra. De aquí la «predileccion con que los salvages miran á los fran-

(1) *La Gran-Montaña.* Nombre que daban los salvages á los gobernadores franceses del Canadá.

«ceses; predileccion que les inspira naturalmente su «alma, nutrida con las tradicciones que sus padres «dejaron en favor de los primeros apóstoles del Cana«dá, entonces Nueva-Francia (1).»

Esto confirma lo que yo escribí en otro tiempo en favor de las misiones del Canadá. El carácter brillante del valor francés, nuestro desinterés, nuestra jovialidad, nuestro genio emprendedor, simpatizaban con el genio de los indios; pero tambien es menester convenir en que la religion católica es mas propia que el culto protestante para la educacion del salvage.

Cuando el cristianismo empezó en medio de un mundo civilizado y de los espectáculos del paganismo, fué sencillo en su esterior, austero en su moral, metafísico en sus argumentos; porque se trataba de arrancar del error á unos pueblos seducidos por los sentidos, ó estraviados por sistemas de filosofía; y cuando pasó de las delicias de Roma y de las escuelas de Atenas á los bosques de la Germania, se rodeó de pompas y de imágenes, para interesar á la sencillez de los bárbaros. Los gobiernos protestantes de la América se han ocupado poco en la civilizacion de los salvages: solo han tratado de traficar con ellos, y el comercio que aumenta la civilizacion en los pueblos ya civilizados, en que la inteligencia ha prevalecido sobre las costumbres, solo produce la corrupcion en los pueblos en donde las costumbres son superiores á la inteligencia. La religion es evidentemente la ley primitiva: los padres Jogues, Lallemand y Brébeuf eran unos legisladores de especie muy distinta que los traficantes ingleses y americanos.

Así como se embrollaron las ideas religiosas de los salvages, así tambien se alteraron las instituciones políticas de aquellos pueblos por la irrupcion de los

(1) *Viage de Beltrami*, 1823.

europeos. Los resortes del gobierno indiano eran muy sutiles y delicados, y no los habia consolidado el tiempo; y la política estrangera los destruyó fácilmente cuando los tocó. Aquellos diversos consejos, equilibrando sus autoridades respectivas; aquellos contrapesos formados por los asistentes, los sachems, las matronas, los jóvenes guerreros; toda aquella máquina se ha desordenado: nuestros presentes, nuestros vicios, nuestras armas han comprado, corrompido ó muerto á todos los personages de que se componian aquellos diversos poderes.

Las tribus indianas se gobiernan sencillamente hoy dia por un solo gefe; las que están confederadas se reunen algunas veces en dietas generales; pero como no existe ley alguna que determine el modo de celebrarse estas asambleas, casi siempre se separan sin haber dictado ningun decreto: conocen su nulidad, y sienten el desaliento que acompaña á la debilidad.

Otra causa ha contribuido tambien á degradar el gobierno de los salvages. El establecimiento de los destacamentos militares ingleses y americanos en medio de los bosques, donde un comandante se constituye el protector de los indios en el desierto: por medio de algunos regalos hace comparecer á las tribus delante de si; se declara su padre y el enviado de uno de los *tres mundos blancos*; los salvages designan así á los españoles, los franceses y los ingleses. El comandante hace saber á sus *hijos rojos* que va á fijar tales límites, desmontar tal terreno, etc. El salvage llega al fin á creer que no es el verdadero poseedor de la tierra; vé que se dispone sin su beneplácito; se acostumbra á mirarse como de una especie inferior al blanco, y consiente en recibir órdenes, en cazar y pelear para sus amos. ¿Qué necesidad hay de gobernar, cuando solo se sabe obedecer?

Es natural que los hábitos y las costumbres se hayan alterado con la religion y la política, y que todo se haya perdido á la vez.

Cuando los europeos penetraron en América, los salvages comian y vestian del producto de su caza, y no hacian entre sí ningun negocio. Mas los estrangeros les enseñaron muy pronto á trocarle por armas, licores fuertes, utensilios domésticos, trages y paños bastos. Algunos franceses á quienes llamaban *corredores de bosque*, acompañaban al principio á los indios en sus escursiones. Poco á poco se formaron compañías de comercio, que colocaron puntos avanzados, y establecieron factorías en medio de los desiertos. Perseguidos por la codicia europea, y por la corrupcion de los pueblos civilizados, hasta en lo mas oculto de sus bosques, los indios cambian en aquellos almacenes ricas peleterías por objetos de poco valor, pero que han venido á ser para ellos artículos de primera necesidad. No solo trafican con la caza recogida, sino que disponen de la que han de hacer, á la manera que se vende una cosecha pendiente.

Estas anticipaciones que los traficantes conceden, cargan de deudas á los indios, los cuales sufren entonces todas las calamidades del hombre pobre de nuestras ciudades, y toda la penuria del salvage. Sus cacerías, cuyos resultados procuran exagerar, se transforman en una fatiga insoportable: llevan á ellas á sus mugeres, y estas infelices, empleadas en todo el servicio del campo, tiran de los carretones, buscan las reses muertas, curten las pieles, y curan las carnes. Cargadas de pesados fardos, llevan ademas sus hijuelos al pecho ó á la espalda, y si están embarazadas y próximas al parto, para apresurar éste, y volver antes al trabajo, aplican el vientre á una barra de madera que se eleva á algunos pies del suelo, y dejando caer las piernas y la cabeza, dan á luz á una

desventurada criatura en todo el rigor de la maldicion: ¡*In dolore paries filios*!

De manera que la civilizacion que se introdujo por medio del comercio en las tribus americanas, en vez de desarrollar su inteligencia, no hizo sino embrutecerlas. El indio se hizo pérfido, interesado, embustero, disoluto, y su cabaña fué un receptáculo de inmundicias. Cuando iba desnudo, ó cubierto con pieles de fieras, tenia algo de altivo y grande; mas ahora los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, sirven solo para atestiguar su miseria: ya no es un salvage en los bosques, es un mendigo á la puerta de una tienda.

Por otra parte, del comercio de los aventureros europeos y las mugeres salvages, se ha formado una especie de pueblo mestizo. Estos hombres, á quien en razon de su color les dán el nombre de *madera quemada*, son agentes de negocios ó corredores de cambio entre aquellos pueblos de donde traen su orígen; y hablando á la vez la lengua de sus padres y sus madres, intérpretes de los traficantes y de los indios, tienen los vicios de las dos razas. Aquellos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvage, se venden alternativamente á los americanos y á los ingleses, para facilitar á estos el monopolio de la peleteria; alimentan las rivalidades de las compañías inglesas de la bahía de Hudson, del Noroeste, y de las compañías americanas: *Fur Colombian American company*, *Missouri's fur company*, y otros: y tambien hacen ellos mismos cacerías por cuenta de los traficantes, y con cazadores asalariados por las compañías.

En estos casos ofrece la caza un espectáculo muy diverso del que presentan las cacerías indianas: los hombres van á caballo; hay furgones que llevan provisiones y ropas de abrigo: y las mugeres y los niños

van en unos carritos tirados por perros. Estos perros, tan útiles en los paises septentrionales, son una carga para sus amos; los cuales, no pudiendo mantenerlos en el verano, los ponen á pension en casas dedicadas á esta industria. Los hambrientos animales se salen algunas veces de la perrera, y ya que no pueden ir á cazar, van á pescar: se lanzan en los rios, y cogen los peces hasta en lo mas profundo de las aguas.

En Europa no se tiene noticia de esa gran guerra de la América que ha dado al mundo un pueblo libre. No se sabe que por los miserables intereses de algunos tratantes de peletería se ha derramado sangre. La compañía de la bahía de Hudson vendió en 1811 á lord Selkirk un vasto territorio á las orillas del rio Rojo: el establecimiento se hizo en 1812. La compañía del Noroeste ó del Canadá, lo vió con desconfianza y envidia: aliadas ambas compañías á diversas tribus indianas, y ayudadas por los maderas quemadas, vinieron á las manos. Esta guerra doméstica, que fué muy sangrienta, se verificaba en los helados desiertos de la bahía de Hudson: la colonia de lord Selkirk fué destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en el momento en que se daba la batalla de Waterloo. En ambos teatros, tan diferentes por el esplendor y por la oscuridad, las desgracias de la especie humana eran las mismas. Agotadas las fuerzas de las dos compañías, conocieron ambas que era mejor unirse que despedazarse, y hoy dirigen de concierto sus operaciones por el Oeste hasta Colombia, y por el Norte hasta los rios que desembocan en el mar Polar.

En resúmen, las naciones mas belicosas de la América septentrional no han conservado de su raza sino la lengua y el vestido; y aun este muy alterado: han aprendido un poco á cultivar la tierra y criar ganados. El salvage del Canadá, de guerrero famoso ha

pasado á ser pastor oscuro; especie de pastor estraordinario, que apacienta las yeguas armado de una macana, y los carneros con el arco y las flechas. Filipo sucesor de Alejandro, murió notario en Roma; un iroqués canta y baila por algunas monedas en París: no debe mirarse al dia siguiente de la gloria.

Al trazar este cuadro de un mundo salvage, hablando contínuamente del Canadá y de la Luisiana, al ver en los antiguos mapas la estension de las antiguas colonias francesas de la América, me perseguia una idea muy triste. ¿Cómo ha sido, me preguntaba, que el gobierno de mi pais ha dejado perder unas colonias que serian hoy para nosotros un manantial inagotable de prosperidad?

De la Acadia y del Canadá á la Luisiana, de la embocadura de San Lorenzo á la del Mississipí, el territorio de la Nueva-Francia rodeaba lo que formó en su orígen la confederacion de los trece primeros Estados-Unidos. Los otros once, el distrito de Colombia, los territorios del Michigan, del Noroeste, del Missouri, del Oregon y del Arkansa; nos pertenecian, y todavía los poseeríamos, así como los poseen hoy los Estados-Unidos por la cesion de los ingleses y de los españoles, que fueron nuestros primeros herederos en el Canadá y en la Luisiana.

Tomemos un punto de partida entre los 43 y 44° de latitud Norte sobre el Atlántico en el cabo de Arena de la Nueva-Escocia, en otro tiempo Acadia; fijado este punto, tiremos una linea que pase por detras de los primeros Estados-Unidos, el Maine, Vernon, Nueva-Yorck, la Pensilvania, la Virginia, la Carolina y la Georgia; dirijamos esta línea por el Teneseo á buscar el Mississipí y la Nueva-Orleans; subamos luego á los 29°, que es la latitud del Mississipí, y de aquí al Oregon por el territorio de Arkansa; hagámosla cruzar por los montes Roqueños hasta terminar

en la punta de San Jorge, sobre la costa del océano Pacífico, hácia los 42° de latitud Norte: el inmenso territorio comprendido entre esta línea, el mar Atlántico al Nordeste, el mar Polar al Norte, el océano Pacífico y las posesiones rusas al Noroeste, el golfo Mejicano al Mediodía; es decir, mas de los dos tercios de la América septentrional reconocerian las leyes de la Francia.

¿Qué hubiera sucedido si tales colonias hubiesen permanecido aun en nuestro poder en el momento de la emancipacion de los Estados-Unidos? ¿Se hubiera verificado esta emancipacion? ¿La hubiera anticipado ó retardado nuestra presencia en el continente americano? ¿Se hubiera hecho independiente la misma Nueva-Francia? ¿Y por qué no? ¿Qué mal hubiera podido ser para la madre patria el ver florecer un inmenso imperio salido de su seno, un imperio que estenderia en otro hemisferio la gloria de nuestro nombre y de nuestro idioma?

Mas allá de los mares poseíamos nosotros vastos paises, que podian ofrecer un asilo al escedente de nuestra poblacion, un mercado considerable á nuestro comercio, y un alimento á nuestra marina; y ahora nos vemos obligados á sepultar en nuestras cárceles á los criminales sentenciados por los tribunales, por no tener un rincon de tierra donde confinar á estos desgraciados. Nos vemos escluidos del nuevo universo, donde renace el género humano. Las lenguas inglesa y española sirven en Africa, en Asia, en las islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres; al paso que nosotros desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algunas poblaciones de la Luisiana y del Canadá, dominadas por un poder estrangero, la lengua de Racine, de Colbert y de

Luis XIV; que solo queda ya en aquellos paises como un testimonio de los reveses de nuestra fortuna y de los errores de nuestra política. De manera que la Francia ha desaparecido de la América septentrional, como aquellas tribus indianas, con las que simpatizaba, y de las cuales he descubierto yo algunas ruinas.

Mas ¿qué es lo que ha sucedido en aquella América del Norte despues de que yo la recorria? Esto es lo que me queda que decir. Para consolar á los lectores, en la conclusion de esta obra voy á ofrecer á sus miradas un cuadro admirable, en donde aprenderán lo que puede hacer la libertad por la felicidad y la dignidad de los hombres cuando no se separa de les ideas religiosas, cuando es á la vez inteligente y santa.

CONCLUSION.

ESTADOS-UNIDOS.

Si ahora visitase yo de nuevo los Estados-Unidos, ya no los conoceria; porque allí donde dejé bosques, encontraria campos cultivados; donde me abrí una senda al través de la maleza, viajaria por anchurosos caminos. El Mississipi, el Missouri, el Ohio, no discurren ya por la soledad: magníficos navíos de tres puentes los remontan, y mas de doscientos buques de vapor vivifican sus riberas. En los Natchez, en lu-